

Explicación bíblica de las lecturas de todos los domingos y fiestas

Joan Ferrer, biblista

Domingos XX al XCIII del tiempo ordinario

Del 17 de agosto al 12 de octubre de 2025

Ciclo C

D. 20 del tiempo ordinario / C

1 lectura: Jeremías 38,4-6.8-10

Me has engendrado para pleitear por todo el país.

Jeremías, como todos los profetas, se muestra atento a la Palabra de Dios y a los signos de los tiempos. Le tocó vivir unas épocas de desastre absoluto para su pueblo: la primera deportación a Babilonia del rey y de la aristocracia de Judá por parte de Nabucodonosor, y la segunda deportación, que comportó la destrucción del templo y de la ciudad.

Jeremías ve claramente que el único medio de evitar el desastre es volver a Dios, dejar de intrigar con Egipto y aceptar la prueba de la deportación babilónica. Entonces el profeta es acusado de traición y perseguido. El drama de Jeremías es tremendo: vivir desgarrado entre la Palabra que Dios le impone transmitir y el amor que él siente por su pueblo en peligro.

El episodio que leemos hoy nos sitúa en el corazón de este drama: la nobleza que aún permanecía en Jerusalén no podía soportar la palabra del profeta porque –creían– desmoralizaba al pueblo y a los pocos hombres de armas que quedaban en Jerusalén. El rey es un títere en manos de los que le rodean y permite que metan a Jeremías dentro de un aljibe lleno de lodo. En esta situación su vida no podrá durar mucho, pero interviene un extranjero menospreciado –un cusita, un etíope de piel negra– que se compadecerá de Jeremías y actuará a su favor ante el rey. Este acepta las razones del etíope y ordena que lo saquen de la cisterna. El profeta puede volver a ser una voz libre.

2 lectura: Hebreos 12,1-4

Corramos, con constancia, la carrera que nos toca.

El fragmento que nos propone el leccionario de hoy pertenece a la sección final de la carta a los Hebreos, que tiene como objetivo animar a los oyentes a perseverar en la fe. Hebreos ha hablado del ejemplo de los creyentes del Antiguo Testamento, y después ha animado a tener la vista fija en Jesucristo, a fin de poder soportar la oposición, como hizo él.

Nuestro pasaje remite a la sección de los Hebreos que ha tratado de la fe de los antepasados. Aquí invierte las re-

laciones: ahora no nos presenta a los grandes creyentes del mundo antiguo como modelos a los que hay que contemplar para poderlos imitar, sino que nos los muestra como personas que nos miran y que, puesto que han vencido conforme a su fe, están en condiciones de poder hacer un juicio sobre la relación de nuestra vida con la fe. Su presencia a nuestro alrededor es una seguridad muy estimulante, pero el texto no nos invita a fijar la mirada en ellos sino en Jesús.

A fin de poder correr con constancia la prueba que comporta la vida cristiana es preciso haber abandonado cualquier carga, como los atletas, pero aquí, a lo que hay que renunciar es al pecado. Este verbo en la catequesis de la Iglesia de la época de los orígenes servía para expresar la exigencia de la conversión: «Así, pues, apartaos de toda maldad, de toda falsedad, hipocresía y envidia, y de toda maledicencia» (1Pe 2,1). La renuncia al pecado viene contrapesada por la adhesión a la persona de Jesús. Jesús es quien ha fundado la fe y la ha

llevado a la perfección. Jesús es el modelo que eligió la humillación de la cruz, que lleva a la gloria más alta. La cruz es un escarnio que expone al condenado a la vista de todo el mundo como efecto de disuasión. Pero Jesús «soportó la cruz, despreciando la ignominia, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios». La contemplación de Jesús ha de ayudar a los cristianos a vencer la tentación del desánimo: es preciso resistir sin desfallecer en la lucha contra el pecado.

3lectura. Lucas 12,49-53 No he venido a traer paz, sino división.

Las sentencias del evangelio de hoy son intrigantes, casi incomprensibles en nuestro mundo de hoy. Los cristianos siempre hemos entendido a Jesús como forjador de paz y no como rompedor de familias.

El pasaje forma parte de una sección en la que el juicio es una realidad clara, evidente: hay que estar siempre a punto porque el señor puede llegar en cualquier momento. El presente es un tiempo de crisis, que pide conversión y cambio de vida. El lenguaje del evangelio de hoy contiene pasión y drama: palabras en primera persona, deseo vehemente de que el fuego arda, sensación de opresión. La pregunta sobre la paz deja expectantes a los creyentes, que esperaríamos un sí y, en cambio, escuchamos un no. La descripción vívida de la división de las familias nos causa mucha angustia.

¿Cuál es el fuego que Jesús desea ver arder? El fuego es siempre una imagen del juicio. El bautismo está asociado con la copa que simboliza la muerte próxima de Jesús. Son días de peligro y juicio. La misión profética en la que Jesús se ha embarcado provoca divisiones profundas: aceptación de unos y rechazo de otros. Es el momento de una crisis terrible. La sola presencia de Jesús provoca una crisis, una división entre la gente según la respuesta que le den a su persona. Los discípulos de Jesús hemos de aprender que no hay salvación sin rechazo. Jesús se dirige a Jerusalén y los discípulos no han de esperar nada diferente, pero han de saber que todo esto forma parte del plan de Dios. El sentido común –ante las evidencias– enseña a convertirse ante el juicio que se acerca.

Asunción de María

1 lectura. Apocalipsis 11,19a; 12,1.3-6a.10ab

Una mujer vestida de sol, la luna por pedestal.

Apocalipsis 11,19–12,18 narra, en lenguaje altamente simbólico, la inauguración del Reino de Cristo proclamado en 11,15. En el cielo se producen tres apariciones: el arca de la alianza –símbolo de la presencia de Dios–, una mujer y un gran dragón. Estos dos últimos son un presagio. El nombre genérico de mujer y los dolores de parto remiten a la maldición de los orígenes de la humanidad (Génesis 3,16); ella se encontrará igualmente con la serpiente, pero saldrá ilesa. En el Antiguo Testamento la mujer encinta personifica a Israel, o Sion, en la angustia. Los sufrimientos del alumbramiento simbolizan la prueba que precede la era mesiánica. La mujer representa, pues, en Apocalipsis 12, la humanidad fiel, el pueblo de Dios escatológico. Fue identificada con María solo con el desarrollo de la piedad mariana en época tardía (siglos IV-V dC).

El dragón es el adversario de todos los que están vinculados al Dios vivo. Precipita a la tierra las estrellas –ángeles, en la simbología del Apocalipsis– y

trastorna el cosmos. El dragón intenta devorar el niño de la mujer. Las alusiones del texto a Isaías 7,14 y al Salmo 2,9 indican que el niño es el Mesías, que es arrebatado hacia Dios: se trata del acontecimiento pascual. Cristo es separado con violencia del pueblo de Dios y entronizado en el cielo. La inauguración de su Reino celebrada en 11,15 no ha de venir, porque ya ha ocurrido en la Pascua. Esta es la convicción más profunda que fundamenta la esperanza de este libro sorprendente. El niño representa también a toda persona cristiana fiel, que unida a Cristo escapa de la acometida del dragón y participará en la realeza de Cristo. La huida de la mujer al desierto, donde recibe un alimento providencial durante 1.260 días, define la condición del pueblo de Dios después de la Pascua como un nuevo éxodo. La mujer vive a distancia de Dios, aunque Dios vela por ella. El himno celestial que Juan escucha (12,10-12) da el sentido de los acontecimientos: la victoria los cristianos la han obtenido por la muerte del Cordero-Cristo.

2 lectura. 1 Corintios 15,20-27a

Primero Cristo, como primicia; después todos los que son de Cristo.

En la primera parte de su primera carta a los Corintios, Pablo, proclamaba, como gran novedad de su predicación, que la sabiduría eterna y salvadora de Dios se ha encarnado y se ha realizado

humanamente en Cristo. La atención se centró en Cristo crucificado: la cruz como fuente de salvación ocupaba el centro de la escena. Ahora, sin embargo, el apóstol enfoca su atención hacia

la resurrección del Señor. Cristo muerto en la cruz ha resucitado y ahora arrastra tras él a toda la humanidad solidaria con él. Pablo estalla en un clamor de fe y esperanza: «Cristo resucitó de entre los muertos». Él ha resucitado pero esto no es un caso insólito y excepcional, sino que él es el primero. La palabra no tiene un simple valor cronológico sino que indica que Cristo es el principio activo de la resurrección

de los otros: el primogénito de los que triunfan sobre la muerte. Cristo ha sido constituido por Dios en principio de la nueva humanidad, y su resurrección tiene una fuerza imparable.

Todo lo que pertenecía al orden del mundo antiguo —«principado, poder y fuerza» y la misma Muerte— será destituido y el Hijo lo entregará todo al Padre como culminación de lo que ha empezado en la resurrección del Hijo.

3lectura. Lucas 1,39-56

El Poderoso ha hecho obras grandes por mí; enaltece a los humildes.

El episodio de la visita de María a Isabel va seguido del «Magnificat» —esta es la primera palabra del canto en la versión latina de san Jerónimo— que es el primero de los cuatro himnos que hay en el evangelio de la infancia de Jesús (los otros son el cántico de Zacarías —el «Benedictus»—; el canto de los ángeles —el «Gloria»—; y el cántico de Simeón —el «Nunc dimittis»—).

El saludo de María provoca una reacción en cadena: el niño salta dentro del vientre de Isabel, la cual, «llena del Espíritu Santo», entona una alabanza para bendecir a María y al niño que ella lleva. El hecho de que ella haya percibido que el niño saltaba de alegría ha sido interpretado como un signo de que ella, Isabel, se encontraba ante la madre de su Señor. De alguna manera ratifica lo que había anunciado el ángel Gabriel y reconoce la fe de María.

El cántico de María es la reacción de la madre del Señor al saludo de Isabel.

Es un poema compuesto de textos del Antiguo Testamento sobre el fondo del canto de Ana, la madre de Samuel (1Sam 2,1-10). Hay alusiones al Génesis, al Deuteronomio, al Eclesiástico, a Isaías, Habacuc, Malaquías, Job, Ezequiel y, sobre todo, a los salmos.

Está construido a partir de un juego de contrastes: *abajamiento / elevación*. María expresa la grandeza de Dios: es poderoso porque ha hecho por ella obras grandes; su brazo hace proezas —es una referencia a la narración de la salida de Egipto— e invierte los valores humanos: los soberbios son dispersados; los poderosos, destronados; los ricos, despojados. Por contraste, los humildes son enaltecidos y los hambrientos son saciados. María confiesa a Dios como su salvador, y dice: «Él hace proezas con su brazo». María, la mujer humilde, portadora del plan salvador de Dios, nos dice desde la fe más profunda que Dios actúa.

JOAN FERRER

D. 21 del tiempo ordinario / C

1 lectura. Isaías 66,18-21

De todas las naciones traerán a todos vuestros hermanos.

Este pasaje forma parte del final del libro de Isaías, una obra que contiene el testimonio de la profecía de Israel a lo largo de doscientos años. El fragmento que leemos hoy nos ofrece una visión del futuro de Dios: Dios que viene a establecer su Reino. El lenguaje es epifánico: ¡el Señor viene! Pero el Señor no solo viene, sino que viene a congregarse: «Oráculo del Señor, que reúne a los dispersos de Israel: “Todavía congregaré a otros, además de los ya reunidos”» (Isaías 56,8). Reunirá «las naciones de toda lengua». El Señor manifiesta su soberanía sobre todos los pueblos y quiere incluir a todas las naciones en la protegida y bendita comunidad de la alianza. El propósito es que todas las

naciones vean la gloria del Señor, es decir, que reconozcan la majestad y la soberanía del Señor.

El Señor enviará «supervivientes», es decir, judíos restaurados después de la deportación a Babilonia, a naciones que nunca habían oído hablar de Él. Estos misioneros darán testimonio del esplendor cósmico de quien vive eternamente y habita entre los humildes. Entonces se formará una procesión de gente de todas las naciones que irá a Jerusalén a ofrecerse al Señor. El estallido de novedad se manifiesta en el hecho de que algunos de estos extranjeros serán escogidos como sacerdotes para servir en la presencia del Señor.

2 lectura. Hebreos 12,5-7.11-13

El Señor reprende a los que ama.

El texto que leemos hoy de la carta a los Hebreos es la continuación del fragmento que proclamábamos el domingo pasado. Aquí el autor pasa a la educación que Dios ofrece mediante las pruebas, y cita a propósito de esto una sentencia del libro de los Proverbios. «Hijo mío» es la fórmula que usa un maestro para dirigirse a su discípulo. El texto acaba hablando de otra relación filial, de mayor dignidad, que es la que Dios mismo establece con el creyente.

En la prueba nos sentimos tentados a no encontrarle ningún sentido: solo vemos su aspecto negativo, de contrarie-

dad y sufrimiento, pero esto es injusto porque la prueba es una educación que Dios mismo nos da. Tiene un aspecto de reprensión que suscita desánimo, pero en realidad es una manifestación del amor paternal de Dios, que la envía para un bien mayor para la persona. La educación en el mundo antiguo tenía muy claro que: «Quien no usa la vara odia a su hijo, quien lo ama lo corrige a tiempo» (Proverbios 13,24). El autor de Hebreos entiende que la corrección es una expresión de la relación que tiene Dios como Padre con sus hijos. Aquí la perspectiva ha quedado transformada:

nos encontramos en el mundo positivo del Padre que ama y educa a sus hijos. Es necesario que los cristianos que tienen dificultades no cedan a la tristeza,

sino que contemplen la esperanza que contienen las pruebas. La educación divina es más exigente que la humana, y también más fecunda.

3lectura: Lucas 13,22-30

Vendrán, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios.

En el camino de Galilea a Jerusalén, Jesús continúa enseñando sobre la realidad de la vida creyente. La cuestión que formula uno que se encuentra por el camino se refiere a la salvación. El ambiente apocalíptico de la época de Jesús era pesimista y creía que en la venida del Reino de Dios los que morirían serían muchos más que los que se salvarían. Entonces la cuestión está en saber si la llamada a la conversión anunciada por Jesús se inscribe en este pesimismo. Ciertamente que Jesús habla de la puerta estrecha que conduce al Reino. Es el tema clásico de la dificultad del camino de la salvación en contraposición al camino de facilidad y poca exigencia: «Mira: hoy pongo delante de ti la vida y el bien, la muerte y el mal» (Dt 30,15). Los cristianos de los orígenes comparaban la vida de fe a una dura prueba deportiva: «Combate el buen combate de la fe» (1Tim 6,12).

A continuación encontramos la parábola de la puerta cerrada. El tono es

muy serio: cuando un propietario ha cerrado la puerta de casa, por razones de seguridad ya no la vuelve a abrir, ni a aquellos que habían compartido comida con Jesús o que habían escuchado sus enseñanzas. La parábola deja identificar bien claramente al amo de la casa con Jesús, en su papel de juez de los últimos tiempos. La respuesta del amo proviene del Salmo 69 y está dirigida a todos los que «obran la iniquidad». Ser inicuo es ser infiel a la voluntad divina consignada en la ley de Dios, aquella que Jesús ha centrado en el imperativo del amor (Lc 10,25-37).

El convite con los patriarcas y los profetas es una imagen tradicional de la felicidad escatológica reservada a los elegidos. Jesús no da por bueno el sentimiento de seguridad en la salvación asociado a la pertenencia al pueblo de Abrahán, porque gente de todas partes entrarán en la fiesta del reino, porque aquellos habrán acogido el mensaje de salvación de Jesús.

JOAN FERRER

D. 22 del tiempo ordinario / C

1 lectura. Eclesiástico 3,17-20.28-29

Humíllate, y así alcanzarás el favor del Señor.

El Eclesiástico contiene las reflexiones de sabiduría de un maestro de Jerusalén llamado Jesús, hijo de Sira. Es un especialista en las Sagradas Escrituras de Israel, encargado de formar a jóvenes que habrán de tener responsabilidades en el gobierno. Su libro es una colección de consejos de sabiduría.

La modestia en todo no es solo una virtud humana sino que también es una realidad auténticamente religiosa: «Así alcanzarás el favor del Señor». Dios

—el sabio lo sabe muy bien— tiene una preferencia por los humildes. Recordemos que Jesús se define a sí mismo como humilde: «Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso» (Mt 11,29).

Esta breve lectura acaba con dos aforismos dedicados al valor de la sabiduría y de la reflexión: Hay que prestar atención con el oído y el corazón a las palabras sensatas.

2 lectura: Hebreos 12, 18-19.22-24a

Vosotros os habéis acercado al monte Sion, ciudad del Dios vivo.

Este pasaje de la carta a los Hebreos presenta un contraste muy fuerte entre dos cuadros: uno de muy tremendo, de una experiencia que no vivieron los lectores del texto, y otro luminoso, que sí han experimentado.

El pasaje empieza refiriéndose al monte Sinaí: «Vosotros os acercasteis y estuvisteis al pie de la montaña. La montaña ardía en llamas que se elevaban hasta el cielo entre nieblas y densas nubes» (Dt 4,11). Destaquemos, sin embargo, que no se le cita por su nombre; esto solo ya habría constituido un aspecto positivo que el autor quiere evitar. Aquí en realidad cuestiona esta teofanía como expresión de la completa revelación de Dios. El autor sabe que la plena revelación del Padre nos ha venido a través de Jesucristo, el Hijo. A

continuación hace referencia a Éxodo 20,18 y a Deuteronomio 5,23-26 en que el pueblo, asustado, pide no volver a oír directamente la voz de Dios. Todos estos hechos no eran una experiencia cristiana.

Seguidamente encontramos el cuadro positivo del fragmento: en lugar de una descripción de fenómenos impersonales espantosos, la referencia a la «ciudad del Dios vivo», a los «ángeles», a los primogénitos, al mismo Dios vivo y a Jesús, «mediador de la nueva alianza». La realidad cristiana es una red viva de relaciones interpersonales.

Los cristianos, en el momento de su iniciación, «fueron iluminados de una vez para siempre, gustaron el don celestial, participaron del Espíritu Santo, saborearon la palabra buena de Dios y los

prodigios del mundo futuro» (Heb 6,4-5). La situación cristiana es claramente

privilegiada porque tiene como modelo y referente a Jesús.

3lectura. Lucas 14,1.7-14

El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.

El capítulo 14 del evangelio según Lucas transcurre en casa de un fariseo. De entrada ya se nos advierte de que el ambiente es hostil: «Ellos lo estaban espiando». Destaquemos que está en un contexto de comida compartida. La comida es una realidad esencial en la vida y la comida compartida es un momento privilegiado para el intercambio de valores, experiencias e ideas. El rango de las personas se ve confirmado por su inclusión en la lista de invitados y por el lugar que se les ha asignado. En el evangelio, además, las comidas son símbolos de la irrupción y gobierno anticipado de Dios. La semana pasada escuchamos que «vendrán de oriente y occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios» (Lc 13,29). La mesa del Señor es un preludio –una cata– del banquete escatológico.

Jesús advierte de no escoger un lugar preeminente para no ser puesto en evidencia ante todo el mundo si te hacen retroceder a un lugar más alejado. Esto podría parecer un caso de sentido común, de simple sabiduría casera, pero cuando llegamos a «todo el que se enaltece será humillado; y el que se humilla será enaltecido» nos damos

cuenta de que hay una realidad nueva. No se trata de que el humilde sea enaltecido (esto ya es conocido en la Sagrada Escritura en la historia de José), sino que aquí se plantea una inversión absoluta: lo que empieza pareciendo un consejo de etiqueta social se convierte en una predicción sobre un cambio radical. La forma reflexiva o pasiva de los verbos principales sugiere que el actor real es Dios mismo, que es quien humilla al pretencioso y enaltece al humilde.

La segunda sección explicita otra de las características de esta inversión que Dios ha obrado. Una lista de convidados que se compone de parientes, amigos y vecinos ricos. Es la muestra de un ciclo de reciprocidad. La hospitalidad se convierte en un círculo que ha de revertir en beneficio de quien invita. Pero Jesús, de manera sorprendente, propone invitar a otro grupo en el próximo banquete: pobres, inválidos, cojos y ciegos. Estos, además, según la ley judía, son personajes impuros. La propuesta consiste en ofrecer hospitalidad a los que no te podrán recompensar, por lo menos en esta vida. Estos personajes, sin embargo, son los preferidos de Jesús y de Dios y, por esto, los discípulos no los pueden ignorar.

JOAN FERRER

D. 23 del tiempo ordinario / C

1 lectura. Sabiduría 9,13-18

¿Quién se imaginará lo que el Señor quiere?

Nos encontramos en la sección de la plegaria para obtener la Sabiduría, que forma parte de la parte central del libro (capítulos 6-9), que reflexiona sobre el origen de la sabiduría, su naturaleza, su acción y los medios para adquirirla.

La plegaria es paralela a la de Salomón del primer libro de los Reyes, c. 3. Salomón pide a Dios que le otorgue la sabiduría, pues él es un hombre débil, que no es capaz de afrontar la tarea que le ha sido encomendada; pero es Dios mismo quien ha elegido a Salomón para dirigir a su pueblo y construir el templo según el modelo celestial. La sabiduría es una realidad esencial para descubrir lo que place a Dios y para gobernar al pueblo en la justicia. El fragmento que proclamamos hoy –la tercera parte de la plegaria– constata que la inteligencia humana es débil, y que se encuentra

abrumada por el envoltorio carnal, de manera que difícilmente puede comprender las realidades de la tierra y menos aún las del cielo. A menos que Dios otorgue su sabiduría no se puede conocer el plan de Dios tal como se va desplegando en la historia. Pablo entendió como nadie el sentido de esta afirmación: «En la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios por el camino de la sabiduría, quiso Dios valerse de la necesidad de la predicación para salvar a los que creen. Pues los judíos exigen signos, los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; pero para los llamados –judíos o gentiles– un Cristo que es fuerza de Dios y sabiduría de Dios» (1Cor 1,21-24). Jesucristo es la sabiduría salvadora de Dios.

2 lectura: Filemón 9b-10.12-17

Recóbralo, no como esclavo, sino como un hermano querido.

El leccionario nos ofrece hoy un fragmento de la carta más breve de Pablo. Tradicionalmente se ha pensado que el Onésimo de la carta a Filemón era un esclavo que había huido de la casa del amo buscando la libertad. De alguna manera, Onésimo se ha encontrado con Pablo, que ha resultado ser el «padre» de la fe de Filemón. Ahora, el antiguo esclavo se ha convertido en cristiano. Hay que destacar que la carta no dice que Onésimo sea un fugitivo; quizá era

simplemente un hombre que se había encontrado con algún problema en casa del amo.

La cuestión más difícil de resolver es precisar la naturaleza de la petición de Pablo: ¿Filemón liberará a Onésimo? ¿Quiere que Filemón le asigne a Onésimo como asistente? ¿Quiere que Onésimo vuelva simplemente a casa sin castigo? Onésimo ahora ha de hacer honor a su nombre, que quiere decir «útil»: ha

de ser útil, pues, a Pablo en el servicio del Evangelio. Ya que es un nuevo hermano en Cristo el esclavo ha de ser recibido y tratado como hermano. La carta no presenta argumentación teológica, pero manifiesta la convicción de que el cristiano vive en profunda conexión con Jesucristo, y de que el comportamiento cristiano ha de reflejar este vínculo de vida.

Hoy nos extraña que Pablo no pida la liberación de Onésimo. Recordemos que Pablo vive en una perspectiva escatológica —el retorno del Señor parecía algo inminente— de manera que una demanda de este tipo sería considerada falta de sentido. Con todo, las implicaciones de lo que dice Pablo son colosales: un hermano en el Señor difícilmente puede ser un esclavo en la carne.

3lectura. Lucas 14,25-33

El que no renuncia a todos sus bienes no puede ser discípulo mío.

El evangelio de hoy insiste en el tema del discipulado. Nos confronta con decisiones difíciles y deja bien claro que ser cristiano no es un motivo de mejora en la escala social. Hay textos que confortan a los atribulados, pero el pasaje de este domingo provoca tribulación a los que viven confortablemente.

El texto aparece tras la parábola del gran banquete que nos habla de invitados que presentan toda clase de excusas porque no quieren ir al banquete, hasta que otros, los más pobres y los que se encuentran al margen de los caminos, aceptan la invitación. Es una historia formidable de la gracia de Dios que llega más allá de los lugares tradicionales e incluye a los que estaban al margen.

En este contexto está la enseñanza de hoy sobre las prioridades y demandas de la condición de discípulo. Si queremos ser compañeros habituales de la mesa de Jesús hemos de saber qué es lo que nos espera.

La sentencia inicial ha de ser entendida como una hipérbole característica de las lenguas semíticas, que no tienen comparativos. Es evidente que Jesús no dice a la gente que odie a sus padres o que dejen a sus hijos: él los confronta con las prioridades de sus compromisos, y mira hacia la nueva familia a la cual pasan a pertenecer al convertirse en discípulos. En segundo lugar, el texto habla de cargar la cruz en tiempo presente. Esto es una realidad de cada día. Las parábolas sobre el cálculo de los gastos para construir o para ir al combate nos remiten a un sobrio realismo sobre el coste que comporta el seguimiento. Las parábolas también nos dicen que Dios sí ha hecho los cálculos de los costes del establecimiento de su Reino, que ya lo ha inaugurado y —evidentemente— no lo dejará inacabado. Está claro que Dios siempre gana y que nunca decepciona. Por tanto, la causa a la que somos invitados a añadirnos es, simplemente, única.

JOAN FERRER

D. 24 del tiempo ordinario / C

1 lectura. Éxodo 32,7-11.13-14

Se arrepintió el Señor de la amenaza que había pronunciado.

El parlamento del Señor a Moisés se sitúa después del episodio de idolatría que ha comportado la construcción y adoración del becerro de metal, mientras Moisés estaba en la montaña hablando con el Señor.

El texto tiene el aspecto de una querella profética. En primer lugar está la acusación: Israel se ha pervertido de la fidelidad debida al Señor, que los ha liberado de la tierra de esclavitud. Ellos ya no son «mi pueblo» (de Dios), sino «tu pueblo». Seguidamente el Señor propone anular la alianza y destruir el pueblo. La promesa hecha a Abrahán ahora pasará solo a Moisés: «De ti haré

un gran pueblo». Moisés responde al Señor en defensa de Israel. Dios daba la causa por perdida, y Moisés manifiesta una gran osadía: vuelve a identificar a Israel como «tu pueblo». El Éxodo podrá parecer un proyecto fracasado del Señor. Moisés pide a Dios que se «acuerde» de las promesas hechas a Abrahán y cita la promesa incondicional del Génesis 15,5. El argumento es decisivo porque es precisamente en base a esta memoria y esta promesa que Dios salvó a su pueblo en el Éxodo.

El texto nos ofrece una lección formidable sobre la libertad de Dios.

2 lectura: 1 Timoteo 1,12-17

Cristo vino para salvar a los pecadores.

En las cartas del Nuevo Testamento, aunque solo leemos una voz, en realidad participamos de un diálogo que se produce entre el autor y los destinatarios. En el fragmento de hoy escuchamos la voz del discípulo de Pablo que, en su nombre, se dirige a las generaciones posteriores. Aquí, «Pablo» explica su historia a la Iglesia: el foco es la propia experiencia. La propia vida es el punto de partida para la reflexión sobre lo que significa vivir fielmente en el mundo.

El Pablo de la primera carta a Timoteo parece exagerado: «Antes era un blasfemo, un perseguidor y un insolente»

No hay ningún indicio en las cartas de Pablo que permitan decir que era un blasfemo. En este marco, la carta afirma que Dios hizo de él «un modelo de los que han de creer en él y tener vida eterna». Si Cristo mostró misericordia a Pablo esto significa que también puede mostrar misericordia por cualquier otra persona, sin que los pecados que haya cometido sean un obstáculo.

Señalemos que el fragmento que proclamamos de la primera carta a Timoteo empieza con una acción de gracias y acaba también con una doxología. Entre estas dos expresiones de agradecimiento y alabanza hay un punto

central: «Es palabra digna de crédito y merecedora de total aceptación que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores». Lo que es fundamental es la salvación que Dios ha traído por el Evangelio de Jesucristo. Pablo es solo

un ejemplo de las obras de este Evangelio y no una figura heroica que tenga que ser emulada. Solo Dios es digno de honor y gloria, tal como concluye el pasaje.

3lectura: Lucas 15,1-32

Habrà más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta.

El evangelio de hoy nos ofrece tres parábolas: la de la oveja perdida, la de la moneda perdida y la del padre que tenía dos hijos. Son tres historias memorables de misericordia divina sobre la alegría de Dios cuando lo que se había perdido es recuperado. Las figuras del pastor, la mujer y el padre que buscan sus tesoros perdidos son, simplemente, maravillosas.

Las dos primeras parábolas tienen en común la referencia a la preocupación compasiva de un Dios que busca. Los detalles destacan la importancia y la intensidad del esfuerzo de los protagonistas. El pastor se arriesga a dejar abandonadas las noventa y nueve ovejas en el desierto —una decisión que muchos habrían encontrado absolutamente injustificable—. La mujer es descrita iluminando y barriendo hasta recuperar la moneda. Alguno diría que las otras nueve monedas valían mucho más que la que se ha perdido. Ni el pastor ni la mujer tienen ninguna duda sobre lo que hay que hacer ni abandonan la busca hasta haber recuperado la oveja y la moneda. Dios es aquel que

busca sin desfallecer a sus hijos confundidos y rebeldes. Esta busca destaca el valor de los que son buscados: no son dados por perdidos sino que son objeto de la preocupación divina.

El segundo detalle fundamental de las parábolas de hoy es la alegría del cielo cuando se ha recuperado lo que se había perdido. El pastor y la mujer convidan a amigos y vecinos para celebrarlo. La fiesta seguramente cuesta mucho más que lo recuperado. La imagen de Dios que resulta de esto es simplemente sorprendente: no es un juez severo ni un contable minucioso, sino alguien que, por encima de todo, ama su realidad.

Señalemos que el narrador anota que «habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta»; pero estas parábolas no son llamadas a la conversión; ¡las ovejas y las monedas no se pueden convertir! La imagen de un Dios misericordioso y jubiloso supera absolutamente cualquier interés en el comportamiento o arrepentimiento de las criaturas perdidas.

JOAN FERRER

D. 25 del tiempo ordinario / C

1 lectura. Amós 8,4-7

Contra «los que compran al indigente por plata».

Amós vivió en el siglo VIII antes de Cristo en un momento que el reino de Israel vivía momentos de gran prosperidad económica. El profeta pronuncia oráculos de gran dureza contra la clase dirigente del país atraída por dioses extranjeros, especialmente de los fenicios. Reprueba a los ricos por las injusticias que cometen cuando explotan a los pobres y condena a los sacerdotes cuando se aprovechan de estos abusos.

El fragmento que proclamamos hoy contiene una denuncia vehemente, en la línea de los grandes profetas contemporáneos a Amós, Oseas y Miqueas, de los traficantes de toda clase. Les reprocha su avidez y los acusa de

explotar a los pobres y de entregarse a actividades comerciales fraudulentas. El profeta siente el celo de Dios que no puede tolerar el mal que se comete contra los desvalidos. Los mercaderes solo desean que pasen los días de fiesta –luna nueva o sábado–, en los que tienen que cerrar las tiendas de los mercados, para poder continuar el comercio con estafa. La situación de los pobres es insostenible: «Se compra al pobre por un par de sandalias».

Pero Dios es un Dios de justicia que no puede dejar pasar el mal que estos hombres codiciosos de riquezas cometen.

2 lectura. 1 Timoteo 2,1-8

Dios quiere que todos los hombres se salven.

La primera carta a Timoteo ofrece instrucciones sobre la vida cristiana. El fragmento que proclamamos hoy contiene una invitación urgente a la plegaria: «Que se hagan súplicas, oraciones, peticiones, acciones de gracias». Se trata de una realidad muy importante que es llamada con nombres diferentes. Estas plegarias han de ser ofrecidas «por toda la humanidad, por los reyes y por todos los constituidos en autoridad». Vemos que la plegaria no se puede limitar al círculo de los creyentes: abarca a todos los hombres, tal como se ofrece la salvación de Dios.

El objetivo de rezar por las personas que tienen autoridad es que los cristianos tengan la oportunidad de «llevar una vida tranquila y serena». En estas circunstancias los cristianos podrán dar testimonio del Evangelio de Jesucristo. Por otro lado, los que tienen poder en las menudas y frágiles esferas terrenales han de saber que no son Dios ni pueden ejercer la mediación entre Dios y las personas.

La voluntad de Dios es la salvación de todos los hombres y que estos conozcan el Evangelio. Dios desea la salvación de todos porque Dios es uno, hay

un único mediador de la salvación y este mediador «se entregó en rescate por todos». El sentido es que el único Dios y el único Cristo están sustancialmente conectados con la salvación de toda la humanidad, entendida como colectividad. Dicho de otra manera: si Dios no puede ser dividido, tampoco lo

puede ser el pueblo que ha sido objeto de la actuación de Dios para la salvación. Pablo se presenta como «heraldo y apóstol... maestro de las naciones en la fe y en la verdad». El énfasis recae en el aprendizaje del Evangelio en verdad o cuidadosamente.

3lectura. Lucas 16,1-13 **No podéis servir a Dios y al dinero**

La parábola del administrador injusto ha desconcertado a los intérpretes de todos los tiempos. La simple recomendación de Jesús de un individuo de esta clase es sorprendente. La parábola nos invita a observarla desde perspectivas diferentes: ¿se centra en el administrador cuya astucia es alabada, o bien tiene como protagonista a un amo increíblemente generoso y rico, como el padre de la parábola de los dos hermanos o del hijo pródigo? Recordemos que el hijo menor también malversó los bienes.

Este «administrados injusto» es un individuo que ha sabido aprovechar la ocasión. ¿Cuál es la gran ocasión que el Evangelio no ha cesado de anunciar-nos? ¿No es quizá el Reino?

La recomendación «ganaos amigos con el dinero de la iniquidad» puede ser tomada como un símbolo de la limosna que hay que hacer y del establecimiento de una nueva relación con los receptores. Seguramente quiere decir: da tu riqueza a los pobres de tal manera que

no se conviertan en tus deudores sino en tus iguales, así serás bienvenido por Dios a la casa del cielo. El mensaje es paralelo al que es dado por Jesús al fariseo que lo invitó: en lugar de convidar solo a amigos, parientes y vecinos ricos que te podrán devolver el favor, invita a los pobres, a los cojos y a los ciegos que no tiene posibilidad de devolverte la invitación.

Las frases finales destacan una relación esencial entre las posesiones materiales y las personas que las poseen. La responsabilidad y la fidelidad van mucho más allá que la honestidad en los procedimientos contables. La riqueza, con mucha facilidad, se puede convertir en un ídolo que quiere ser adorado. Dios siempre es una amenaza para quien confía en las riquezas.

El evangelio de hoy nos obliga a reflexionar seriamente sobre nuestra actitud para con el dinero y sobre la manera de repartirlo. ¿Contribuimos a crear deudores o bien a hacer amigos?

JOAN FERRER

D. 26 del tiempo ordinario / C

1 lectura. Amós 6,1a.4-7

Ahora se acabará la orgía de los disolutos.

Amós es un campeón de Dios. Un hombre que poseía rebaños y que es llamado por Dios para anunciar su Palabra. Israel vivía momentos de gran prosperidad, pero aquel mundo estaba enfermo de injusticia social, de sincretismo religioso e idolatría, y de confianza en los recursos humanos.

La breve lectura que el leccionario nos ofrece hoy contiene un violento ataque contra los ricos que malgastan en lujos y viven confiados en las riquezas que han adquirido injustamente.

«La montaña de Samaría» era considerada inexpugnable. La gente rica que vivía allí tenía toda clase de lujos, como lechos con incrustaciones de marfil. El profeta describe fiestas y banquetes, comida y bebida, música y perfumes en medio de la despreocupación, que es imprescindible para no estropear la sensación de bienestar. Pero Amós anuncia que todo esto tiene los días contados: llegarán los enemigos asirios y lo destruirán todo, y se llevarán a la deportación a toda esta gente sin corazón.

2 lectura. 1 Timoteo 6,11-16

Guarda el mandamiento hasta la manifestación del Señor.

La primera carta a Timoteo se ocupa de la denuncia a unos falsos maestros que se quieren enriquecer con sus enseñanzas. Aquí –justo antes del fragmento que proclamamos hoy– encontramos una afirmación colosal sobre el poder destructor del dinero: «El amor al dinero es la raíz de todos los males» (1Tim 6,10). El eco de esta frase llega con una nitidez absoluta hasta hoy mismo.

El pasaje de hoy se presenta en un contraste bien vivo con la discusión anterior sobre la manera de ser del «hombre de Dios», aquel que se mueve por las virtudes positivas de la fe. Los cristianos pueden resistir la codicia porque están fundamentados en la fe.

Timoteo, como persona de Dios, es el

que ha recibido una tarea específica. En el cumplimiento de esta misión él ha de «buscar», «combatir» y «conquistar». Esto representa la vida de fidelidad como un compromiso muy fuerte y lleno de vigor en la persecución del bien. El objetivo último es la vida eterna, porque es «a la que fuiste llamado». La persecución del bien consiste en seguir la propia iniciativa de Dios (y no como medio para obtener el favor de Dios).

La persona cristiana es llamada a confesar siempre la fe. El modelo es el testimonio de Jesucristo en el momento del proceso ante el poderoso procurador romano y prefecto de Judea, Pilato. En contraste con estos poderosos de la tierra solo él es «el bienaventurado y único Soberano, Rey de los reyes y Se-

ñor de los señores». Solo Dios, que se ha manifestado en Jesucristo, nos ofre-

ce el fundamento seguro para la esperanza humana.

3 lectura. Lucas 16,19-31

Recibiste bienes, y Lázaro males: ahora él es aquí consolado.

El tema de las posesiones materiales aparece una y otra vez en la sección del viaje de Galilea a Jerusalén del evangelio según Lucas. Las riquezas son engañosas y seducen a los ricos: les hacen creer que les pueden asegurar el futuro. Los bienes pueden llevar a la idolatría, de ahí que Lucas advierta seriamente sobre la necesidad de cuidar a los pobres y de saber dar limosna. La culminación de estas enseñanzas se encuentra en el pasaje de hoy, que narra la historia del rico y de Lázaro.

En el corazón del evangelio está la gran inversión en que los ricos y poderosos, que en esta vida no perciben la necesidad de la gracia divina, son apartados del pueblo de Dios mientras que los pobres, los humildes y los marginados tienen un lugar en la comunidad de fe. La promesa es que en todas partes Dios invierte la escala social y económica de manera sorprendente. Recordemos que este tema ya aparece en el canto de María, el Magnificat.

En el comienzo de la parábola percibimos el contraste agudo que se establece entre el rico y el pobre. Del rico sabemos los signos de su espléndida riqueza, los vestidos lujosos y los banquetes de «cada día». Lázaro, en cambio, es caracterizado de una manera que quizá preferiríamos no haber escuchado. Incluso los pe-

rrros le lamían las llagas. Era pobre e impuro.

Es después de la muerte de ambos y de la inversión de sus situaciones en la vida del más allá cuando descubrimos el problema real del hombre rico. Este no es condenado por el hecho de ser rico, ni se dice que lo hubiese maltratado. La clave de todo es que ahora, por primera vez, ve a Lázaro. Aprendemos, pues, que la riqueza causa ceguera. La riqueza del hombre le ha distorsionado de tal manera la visión que no le ha permitido ver la necesidad y el sufrimiento del pobre en la puerta de su casa. Ver todo esto quizá le habría impedido celebrar tantas fiestas.

La petición del rico desde el país de los muertos recuerda la advertencia de Juan Bautista de no confiar en el hecho de ser hijos de Abrahán.

El segundo tema se encuentra en la conclusión de la parábola: al rico se le niega que se pueda enviar a alguien del mundo de los muertos para advertir a los vivos. Para eso ya están las Escrituras, que enseñan muchísimas veces que hay que cuidar a los pobres de la tierra. Nosotros, los lectores contemporáneos de esta parábola, quizá nos podemos comparar con aquellos «cinco hermanos» que tenemos la oportunidad de ser instruidos por las Escrituras y de aprender a ver al pobre en nuestras puertas.

JOAN FERRER

D. 27 del tiempo ordinario / C

1 lectura. Habacuc 1,2-3; 2,2-4

El justo por su fe vivirá.

El corazón del libro de Habacuc responde a alguna de las diversas invasiones de los babilonios en Judá al final del siglo VII o a principio del siglo VI. El autor se siente desconcertado porque ha visto que los enemigos lo han destruido todo, sin embargo conserva el valor para formular a Dios las preguntas que estaban en el corazón de muchos judíos.

El pueblo de Dios ciertamente es pecador, pero ¿por qué Dios permite que un pueblo extranjero todavía más pecador les oprima?

El conjunto del breve libro de Habacuc consiste en una serie de conversaciones con Dios en que el profeta primero interroga a Dios y después el Señor responde.

El profeta pide a Dios cómo es que per-

mite esta destrucción y violencia causada por los enemigos. La respuesta que obtiene de Dios va acompañada de una indicación que es muy importante, por esto se tiene que escribir con letras muy claras, de manera que se puedan leer de corrido. El mensaje que Dios da a conocer es que mientras que el orgulloso vive regido por la falsedad (y por esto «no triunfará»), el justo «por su fe vivirá». Es decir, un espíritu de confianza y de dependencia caracteriza las vidas del fiel pueblo de Dios. El mal presente en un mundo presidido por un Dios justo no admite una solución basada en la lógica. Las personas fieles saben que hay un misterio de amor y de gracia (inexplicable lógicamente) que llena de sentido la realidad, y esto solo es el gran motivo de sentido de las vidas de las personas de fe.

2 lectura. 2 Timoteo 1,6-8.13-14

No te avergüences del testimonio de nuestro Señor.

La Segunda carta a Timoteo es mucho más personal en tono y contenido que las otras epístolas pastorales. La carta posiblemente fue escrita por un discípulo de Pablo, pero imagina que Pablo se encuentra encarcelado y ya al final de su vida. Las cartas pastorales manifiestan una gran preocupación por el Evangelio como medio de salvación, de manera que las referencias a la vida y a la vida eterna son muy significativas.

El fragmento de hoy empieza pidiendo que Timoteo reavive el don de Dios que hay en él por la imposición de las manos de Pablo. En la tradición cristiana de los orígenes, la imposición de manos estaba asociada al encargo de tareas particulares dentro de la comunidad cristiana. El don que Timoteo recibió es descrito así: «Dios no nos ha dado un espíritu de cobardía, sino de fortaleza, de amor y de templanza». En el contexto del encarcelamiento de

Pablo tiene que ser interpretado como motivo de orgullo y de voluntad de estar dispuesto a sufrir por el Evangelio, que es fuerza que empuja a vivir «en la fe y el amor que tienen su fundamento

en Cristo Jesús». Esta realidad, calificada de «precioso depósito» puede ser guardada gracias a la «ayuda del Espíritu Santo que habita en nosotros».

3lectura. Lucas 17,5-10 **¡Si tuvierais fe!**

El evangelio de hoy se compone de dos partes. En la primera leemos una palabra positiva de aliento. La segunda, sin embargo, es amenazadora. Parece que nos presenta un amo sin sentimientos y un esclavo que no recibe ningún reconocimiento por su fiel servicio. Después de haber trabajado todo el día en el campo y de haber preparado y servido la comida del amo, se ha de considerar a sí mismo como un criado sin ningún mérito que solamente ha hecho lo que se suponía que tenía que hacer.

El texto nos desconcierta, porque ¿a quién no le gusta que le reconozcan lo que ha hecho?

Volvamos al primer párrafo. La fe no se puede reducir a una actitud positiva delante de la vida o a un sentido de autoconfianza. Si así fuera, entonces hablaríamos en términos cuantitativos de más o menos; pero en el evangelio según san Lucas la fe siempre tiene relación con Dios y con las acciones de Dios en Jesús. No se refiere a lo que los humanos hacen o no hacen, sino a lo que el poder de Dios hace. La fe es la obertura al poder de Dios, por esto puede ser comparada con algo tan minúsculo como un grano de mostaza e,

incluso así, realizar cosas prodigiosas. El sentido remite a la necesaria presencia de una fe receptiva y confiada.

La parábola nos invita a identificarnos con el amo del criado y a contemplar lo que sería la actitud normal hacia el propio criado cuando vuelve del campo. Todo indica que esto es lo que todos esperan que haga: preparar la comida y servirla al amo. Pero el último versículo hace un cambio de perspectiva: invita a los oyentes de la parábola a identificarse con el criado. El punto de interés se encuentra, no en la manera con que el amo trata al sirviente, sino en cómo el sirviente entiende su tarea.

La historia nos recuerda nuestro lugar y, también, que es muy fácil que nos situemos allí donde no nos corresponde: Dios es Dios y nosotros somos las criaturas de Dios, ni más ni menos. Pero, sutilmente, el orden puede ser cambiado, casi sin darnos cuenta. Es el caso de Génesis 3: «¡Seréis como Dios!».

En el evangelio Jesús nos recuerda: «¿Quién es más, el que está a la mesa o el que sirve? ¿Verdad que el que está en la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve» (Lucas 22,27).

JOAN FERRER

D. 28 del tiempo ordinario / C

1 lectura. 2 Reyes 5,14-17

Volvió Naamán al hombre de Dios y alabó al Señor.

Las historias relacionadas con Eliseo son muy diferentes de las que podemos leer en los libros de Amós, Oseas o los otros profetas escritores. Algunos de los hechos milagrosos relacionados con este profeta antiguo y legendario del Dios de Israel sirven para aliviar las necesidades y el sufrimiento humanos.

Naamán es un personaje muy importante: jefe del ejército del rey de Siria. Es un hombre enfermo de lepra. Una sirvienta israelita, al servicio de la mujer de este general, le hace saber que en Israel hay un profeta muy poderoso de Dios. Naamán se presentó al rey de Israel, que quedó perplejo ante su petición. El profeta de Dios intervino,

a través de un mensajero, para dar el mensaje siguiente: «Ve y lávate siete veces en el Jordán. Tu carne renacerá y quedarás limpio» (2 Reyes 5,10). Naamán esperaba algo más espectacular por parte del profeta del Dios de Israel, pero finalmente se dejó persuadir por sus sirvientes, se bañó en el Jordán y la enfermedad de la piel se curó.

Este extranjero y enemigo de Israel entiende que: «Ahora conozco que no hay en toda la tierra otro Dios que el de Israel». Dios es un misterio y una presencia. La tierra que Naamán se lleva le servirá de recuerdo y testimonio para expresar su agradecimiento.

2 lectura. 2 Timoteo 2,8-13

Si perseveramos, también reinaremos con Cristo.

El discípulo de Pablo que escribe en nombre de Pablo a Timoteo se siente preocupado por el abandono: de los que le han abandonado a él («Ya sabes que todos los de Asia me volvieron la espalda», 2 Timoteo 1,15) y de los que han abandonado la verdad (2 Timoteo 2,18). Delante de estas situaciones, el autor escribe unas reflexiones muy serias sobre la fidelidad al Evangelio. Las bases teológicas de esta fidelidad son: «Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos, nacido del linaje de David, según mi Evangelio». La promesa de Dios a David, los cristianos la han visto realizada en Jesús. Después

hace referencia otra vez al sufrimiento de Pablo. Las cartas pastorales insisten constantemente en este tema: la fidelidad de Pablo delante del encarcelamiento tiene que ser de utilidad a los cristianos de sus comunidades como modelo de la fidelidad que ellos tienen que mantener siempre. Aunque Pablo lleve cadenas, la Palabra de Dios está siempre libre. (El libro de los Hechos de los Apóstoles nos ofrece testimonios constantes del camino que hace la Palabra, incluso delante de la oposición más dura). La convicción de que la Palabra de Dios no puede ser encadenada hace que Pablo sea capaz de soportar

la prisión por el bien de los demás. Su encarcelamiento no sirve para sus propósitos, sino para los de Dios.

El fragmento final de nuestro pasaje

es sorprendente: aunque nosotros seamos infieles, Él continuará siéndolo. Dios solo puede ser fiel y, por lo tanto, todo y todos tienen que confiar en las promesas del Señor.

3lectura. Lucas 17,11-19

¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios más que este extranjero?

Esta maravillosa historia de un leproso que regresó para dar las gracias nos atrapa completamente. El texto es, sin embargo, mucho más que una ilustración sobre la importancia de escribir notas de agradecimiento.

Hemos de constatar que el leproso que regresa se convierte en un modelo de fe: «Tu fe te ha salvado». Recordamos que en el evangelio que proclamamos la semana pasada, los apóstoles dijeron al Señor: «Auméntanos la fe» (Lucas 17,5); y la respuesta de Jesús fue paradójica: la fe no puede ser cuantificada. El simple hecho de confiar, pequeño como un granito de mostaza, es suficiente.

Aquí los apóstoles reciben otra instrucción sobre la fe. El leproso es un modelo. Ha sido sanado por Jesús y el Señor mismo le ha dicho que fuera a presentarse a los sacerdotes con el fin de obtener la sanción oficial de su sanación, como prescribía la Ley (Levítico 14,1-9). Este hombre, pero, se detiene en el camino, vuelve sobre sus pasos, loa a

Dios en voz alta, cae a los pies de Jesús y le da gracias. Este leproso ha experimentado más que los otros nueve, más que la sanación de la enfermedad de la lepra. Sus aclamaciones de alabanza a Dios y su gratitud hacia Jesús en una postura de obediencia son lo esencial de la fe. Él ha sido capaz de ver detrás de su piel sanada al que lo hace todo. Las acciones de gratitud, que le distinguen de los demás, demuestran su confianza en Jesús, que es el agente de Dios para la sanación.

Además de todos estos detalles hay otro hecho fundamental: «Era un samaritano». La historia de fe y de sanación toma una deriva dramática. Esta frase, escuchada por los lectores originales del evangelio, destruía todos los estereotipos que tenían de los samaritanos, que eran personas consideradas como menospreciadas por los judíos. El modelo de la fe dinamita la condición de «extranjero» de este hombre. Los demás, que eran judíos, han sido incapaces de expresar su gratitud y de alabar a Dios.

JOAN FERRER